

Saber retirarse a tiempo

Fernando Torre, msp.

El 11 de febrero, el papa Benedicto XVI declaró: «renuncio al ministerio de Obispo de Roma»; «por la edad avanzada, ya no tengo fuerzas para ejercer adecuadamente el ministerio». Fue un acto de sensatez, humildad y valor. Con su renuncia nos da una gran lección: saber retirarse a tiempo.

Conocemos gobernantes, directores de instituciones, deportistas... que, por eternizarse, echaron a perder su obra e incluso su persona. Decir «ya no puedo» es un duro golpe a nuestro orgullo.

Nuestra edad avanza inevitablemente. Tras haber llegado a la cima, el paso del tiempo va deteriorando nuestro cuerpo, incluido el cerebro. Negarlo es engañarnos.

El deterioro nos exige dejar de hacer algunas actividades. ¿Cuándo debo dejar de jugar fútbol? ¿Cuándo dejar la dirección de la empresa, de dar clases, de ejercer mi profesión, de manejar automóvil? ¿Cuándo debo pedir que alguien me acompañe, si quiero salir de casa; cuándo tengo que usar bastón o pañal?

No hay una edad exacta, válida para todos, para dejar de hacer algo; el tiempo preciso depende de cada persona, de sus capacidades físicas, mentales y espirituales. Para saber cuál es el momento oportuno, debemos preguntarle a Dios y a nuestra conciencia, pero también al médico, al consejero y a quienes viven con nosotros. Quizá debamos suspender algunas actividades cuando juzgamos que aún podemos realizarlas; pero, ¿para qué esperar a que la vida nos diga que ya es demasiado tarde?

Dejar de hacer algo, *porque ya no podemos*, es una pérdida, y toda pérdida causa sufrimiento. Ante esto podemos reaccionar con rebeldía o depresión, pero también podemos aceptarlo con humildad, serenidad y humor.

Aunque vayamos retirándonos de muchas actividades, nunca nos retiramos de vivir; jamás nos jubilamos de amar, creer y esperar.